

Julián Marías en Puerto Rico *(A Rafael Hernández Colón)*

EMILIO RUIZ SASTRE

Durante los veranos, en Soria, Julián Marías tenía la costumbre de reunir a sus amigos para mostrarles las diapositivas que realizaba en sus frecuentes viajes, y nunca faltaban las de Puerto Rico. Recuerdo que Heliodoro Carpintero, que pasó una larga temporada en la Universidad de Río Piedras, hablaba con gratitud y admiración de su estancia en la Isla. Algunos años después, Puerto Rico volvía a nosotros, cuando Odón Alonso y Gloria, su mujer, regresaban radiantes a su “bohío” soriano, una vez concluido el último Festival Casals. Por eso, cuando por azar, años después, desembarqué en una de sus costas, me pareció que ya había estado allí en

multitud de ocasiones. Aunque parezca extraño hoy —no lo sería para la mayoría de los españoles del siglo XVI y tampoco para Ortega—, el viaje lo realicé a bordo de una “nao”, que debía parecerse a una de aquellas que quinientos años antes llevaron a los primeros españoles. La travesía se prolongó durante treinta días, y entre los libros que llevaba en mi equipaje estaba, por supuesto, Hispanoamérica, que releía de vez en cuando sobre la tolda de la “Santa María” mientras restábamos millas al Atlántico siempre rumbo al oeste.

La primera visita de Julián Marías a Puerto Rico se remonta a 1956, desde entonces casi sin interrupción, año tras año, ha regresado para dar cursos y conferencias. En 1963 se “atrevió” a escribir un ensayo sobre Puerto Rico que, entre otras cosas, incluye un breve retrato de la Isla que parece escrito para el guión de una película, lleva por título: *Puerto Rico: la dilatación de una sociedad*; tres años después escribió: *Puerto Rico después de 1898: Lo que ha ganado. Lo que no ha perdido*; entre ambos, tal y como aparecen en su libro antes citado —acaso el primero en el tiempo—: *La Torre en guardia. Meditación de una Universidad*. Estos tres escritos tienen un denominador común: el entusiasmo. Un entusiasmo verdadero, en absoluto complaciente. Pero no acaba aquí la relación, *Puerto Rico con Reyes* (1987), es un artículo escrito a propósito del viaje de los Reyes de España a la Isla con motivo de una reunión para la preparación del Centenario; y, por último, apenas llegado de su último viaje, hace unos días, otra vez Puerto Rico.

Julián Marías conoce casi todos los países del continente americano. Posee una visión clara y rigurosa del conjunto. Ha dedicado una parte importante y significativa de su vida a pensar sobre ellos. Ha vivido durante largas temporadas en los Estados Unidos, al que ha dedicado una atención especial; no mayor que la que ha dispensado a la Argentina, por la que siente gran admiración y, a su vez, los argentinos por su obra. Y, sin embargo, ha sido la isla antillana, “pequeña por fuera, grande por dentro”, la que dice conocer mejor, la que mayores elogios ha recibido en su obra. En *Una vida presente*, se pueden contar por decenas las alusiones a Puerto Rico, casi tantas como a Soria.

No suele ser frecuente que un escritor sea capaz de absorber la realidad de un país —en la medida en que esto es posible—, hasta el punto de conocer su alma. Si, además ese país no es el propio, el asunto puede

parecernos inverosímil. Después de leer, y releer, lo que Julián Marías ha escrito de Puerto Rico, y de compartir con él ocho inolvidables días en la que él llama “esa verde esquirola que se le ha desprendido al continente”, no me cabe la menor duda: a Julián Marías “le ha pasado” Puerto Rico, y cuando esto sucede no se puede esperar sino lo mejor para ambas partes. Sin embargo, para que esto llegue a realizarse, hace falta que la otra parte quiera.

A los españoles nada de esto nos puede sorprender, ya que en numerosas ocasiones los extranjeros nos han mostrado lo que teníamos delante y no acertábamos a ver. Los relatos de los visitantes, cuando son auténticos y desinteresados, terminan siendo fieles reflejos de la realidad, y en ocasiones están llenos de belleza literaria. En 1974 tuve, por vez primera, conciencia de esto y no lo he olvidado, tras oír una lección de Manuel de Terán en la que ponía de relieve los viajes de Alexandre von Humbolt. Lo que sucede, además, es que en Puerto Rico un español no es extranjero, acaso forastero, lo ha recordado Julián Marías estos días. Nadie puede negar, salvo que se niegue a sí mismo, que España y Puerto Rico, como parte integrante de la América hispánica, tienen una misma raíz. Una raíz que se pone en duda malintencionadamente, de manera irresponsable y sus consecuencias suelen ser graves.

Julián Marías está persuadido de que Puerto Rico es un lugar de extremado interés. Principalmente, porque es el país más cercano a España en el tiempo y en el sentimiento. Para él Puerto Rico es lo más radicalmente español de toda América, y su opinión es compartida por uno de los más egregios puertorriqueños de todos los tiempos, su gran amigo, Jaime Benítez. En su libro *Junto a la Torre* (1962), y en el ensayo *Sobre el futuro cultural y político de Puerto Rico* (1965), da cuenta de esa convicción.

Conocí personalmente a Jaime Benítez en noviembre de 1992. Jaime Benítez nos recibió en su despacho de la Universidad. Tenía entre sus manos el grueso volumen del homenaje a Julián Marías. Durante la conversación narró su emocionante encuentro con Ortega en Aspen y los días que a continuación compartieron en Nueva York. Quedamos en volver a vernos, cruzamos cartas en alguna ocasión, y yo le envié un artículo que luego publicó un periódico de San Juan. Lamentablemente cuando volvimos a vernos —nos encontramos por azar en la calle— él ya no estaba bien de salud. Por fortuna, en aquel mismo viaje, conocí al arqueólogo Ricardo E. Alegría, y él me puso en la pista de un manuscrito sobre arte puertorriqueño que había escrito un soriano, que además era pariente de mi madre, Juan A. Gaya Nuño. Desde entonces, mis viajes a Puerto Rico se hicieron más frecuentes, y estimulado por todo lo que anteriormente había recibido, lo que debía principalmente a Julián Marías, y lo mucho de nuevo que iba entrándome por los ojos, Puerto Rico comenzaba también “a pasarme”, y mi interés iba en aumento.

En siete años, han sucedido algunas cosas. Cuando la expedición del Centenario llegó a San Juan era gobernador Rafael Hernández Colón, era su tercer mandato y último, ya que no volvió a presentarse a las siguientes elecciones. Durante los años previos al Centenario, una densa nube de descalificaciones invadieron el panorama, ensombreciéndolo, y Puerto Rico no quedó al margen. A pesar de todo, se percibía aún lo que desde siempre había sido el temple puertorriqueño: la alegría. El ambiente era tenso, festivo, nada especial hacía presagiar que las cosas habían de cambiar unos meses después.

Los países, las sociedades, no siempre caminan de manera ascendente, hay unas épocas más creadoras que otras, y cuando los proyectos se acaban, cuando declina la ilusión y decae la tensión, a continuación, se inician períodos en

descenso, de los que no siempre se recuperan con éxito, salvo que exista la necesaria voluntad de superar los males contraídos. Julián Marías ha recordado su intento de disuadir a Muñoz Marín ante su renuncia a presentarse a las siguientes elecciones tras su último mandato. Pasado el tiempo, cuando volvieron a verse, Muñoz Marín reconoció su equivocación. El prolongado ascenso de Puerto Rico se consolida con el “invento” del Estado Libre Asociado. Desde los tiempos de España, los puertorriqueños habían reclamado la autonomía, nunca la separación, y la lograron a última hora. Después del cambio de soberanía las cosas no fueron fáciles. Lentamente, con tesón, los puertorriqueños hicieron cambiar de actitud a los Estados Unidos. 1917 fue el año en el que los puertorriqueños obtuvieron la ciudadanía. El Acta Orgánica Jones no representó, sin embargo, la plenitud de derechos, pero era un paso enorme. Otra fecha: 1940. En noviembre de ese año se relega la cuestión del status político a un segundo plano y todos los esfuerzos se concentran en la incorporación de los valores de justicia social, iniciando una radical transformación económica, social y humana. Por último, a partir de 1950 se inicia el proceso que termina en 1952 con la aprobación de la Constitución y del Estatuto de Relaciones. Nacía así lo que se ha llamado Estado Libre Asociado. Paralelamente la “naturaleza del pacto” quedaba reflejada en las leyes federales aprobadas por el Congreso y el Presidente de los Estados Unidos. Veinte años después, Jaime Benítez advertía, en referencia al Estado Libre Asociado, lo siguiente: “Tanto la fórmula como la definición resultan necesariamente defectuosas porque, por fortuna para los puertorriqueños en general y para disgusto de quienes prefieren acogerse a lo establecido, terminado y catalogado, el Estado Libre Asociado constituye una innovación sobre modelos preexistentes y su fundamentación teórica está en gran medida inédita”.

Julián Marías ha sabido como nadie, con algunas excepciones —por supuesto la de Jaime Benítez—, ver el futuro, adelantarse a los acontecimientos. Los riesgos que corre una sociedad que experimenta tan grandes cambios no son menores a sus avances. Todo ello puede sintetizarse en una frase por él muy repetida: “No envidiar los males de los demás”. A la que hay que agregar ahora otra no menos certera al referirse, de nuevo, a los puertorriqueños: “Y son tan españoles, que propenden, como nosotros, a no tomar en serio lo propio, a desdeñarlo, porque es una creación suya...”. La “visión responsable” de Julián Marías es el fruto de aplicar la “razón histórica”, de ver cómo se hacen los hechos desde su raíz, algo que nadie sabe hacer mejor que él. Si alguien tiene alguna duda y de verdad cree en las posibilidades de Puerto Rico y desea lo mejor para esa bendita tierra, que se tome la molestia de leer sus escritos y que piense sobre lo que ha leído.

Hace unos meses, tras varios acontecimientos pasados, en los que he ido reconociendo el “triumfo” de todo aquello que no haga pensar, me decidí a sugerir a Rafael Hernández Colón, que invitara a Julián Marías a Puerto Rico. Hernández Colón no lo dudó por un momento y unos meses después el viaje se ha hecho realidad. Durante ocho días Julián Marías ha ido desgranando paso a paso, sin prisa, buena parte de su teoría, el fruto de una larga experiencia, que se inicia como tantas cosas imperecederas por una amistad profunda y una lealtad inquebrantable.

La actividad desarrollada en estos días es prueba de su fortaleza, y no sólo física. Dos conferencias, en una Universidad en vísperas de una huelga, y sin Jaime Benítez. Una visita a la simpática, inteligente y eficiente Alcaldesa de San Juan, Sila Calderón, que tiene por delante el gran reto de superar a Doña Felisa Rincón —aquella mujer que un día se le ocurrió traer nieve para que los

niños de San Juan la disfrutaran—. Una conferencia sobre el Estado Libre Asociado, ante personas que representan lo mejor de la tradición liberal de Puerto Rico, entre los que se encuentra un político de excepción, heredero directo de esa tradición, Rafael Hernández Colón. Y, cómo no, el contacto con los amigos de siempre, Jaime Benítez y Lulú, su mujer. Todo lo cual ha dado sentido a un viaje esperanzado, que puede tener consecuencias ilusionantes para muchos.

Es urgente que los puertorriqueños arrinconen, de una vez por todas, conceptos viejos y arcaizantes que no conducen a nada positivo. Que no se detengan en cuestiones retóricas, a las que se recurre por falta de imaginación creadora. Y, ante todo, que valoren lo propio sin caer en el exclusivismo. Basta con quererlo, y para comenzar, o continuar el proyecto que los ha llevado al nivel de los países más prósperos, pueden aplicar lo que Julián Marías ha dicho en repetidas ocasiones, algo que puede convertirse en una fórmula: “Mirar y decir lo que se ha visto, pase lo que pase”.